www.elboomeran.com

COLECCIÓN
ESCRITURAS

ALINA BRONSKY

EL ÚLTIMO AMOR DE BABA DUNJA

Traducción de Ariel Magnus

Tres puntos

www.elboomeran.com

La traducción de esta obra contó con el apoyo del Goethe-Institut.

Baba Dunjas Letzte Liebe
© Alina Bronsky, 2018
© 2015-2017 Verlag Kiepenheuer & Witsch Gmbh & Co, Colonia, Alemania
© De la traducción, Ariel Magnus, 2021
© Tres Puntos Ediciones, 2021
(Escrituras Verticales SL)
Calle Felipe IV 3, 3ª izquierda. 28014 Madrid

Derechos exclusivos para todos los territorios de lengua castellana

www.trespuntosediciones.es
hola@trespuntosediciones.es

Depósito Legal: M-14121-2021
ISBN: 978-84-17348-22-9

Diseño y maquetación: Pablo Barraza B.
Impreso en España / *Printed in Spain*
Primera edición: marzo de 2021

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

www.elboomeran.com

Por la noche vuelve a despertarme el gallo de Marja, Konstantin. Para Marja es una especie de marido sustituto. Ella lo crio y ya de pollito lo mimaba y consentía; ahora es adulto y no sirve para nada. Se pavonea autoritario por el patio y me mira de reojo. Su reloj interno está desordenado, siempre lo estuvo, pero no creo que tenga que ver con la radiación. No se puede responsabilizar a la radiación de todo lo que llega estúpido al mundo.

Levanto la manta y apoyo los pies en el suelo. Sobre las tablas de madera hay una alfombra que yo misma tejí con jirones de sábanas viejas. En invierno me sobra el tiempo, porque no me tengo que ocupar del jardín. En invierno rara vez salgo, solo para buscar agua o madera o para palear la nieve delante de la puerta de mi casa. Pero ahora es verano y desde temprano estoy en pie, para retorcerle el pescuezo al gallo de Marja.

Cada mañana me sorprendo cuando me miro los pies, nudosos y anchos en las sandalias alemanas de trekking. Son sandalias robustas. Sobreviven a todo, en un par de años seguro que incluso a mí.

No siempre tuve pies tan anchos. Alguna vez fueron delicados y angostos, empolvados de barro seco de

www.elboomeran.com

la calle, hermosos sin zapato alguno. Jegor amaba mis pies. Me prohibía caminar descalza, porque los hombres se calentaban de solo verme los dedos.

Cuando ahora echa una mirada, le muestro la protuberancia en las sandalias de trekking y digo: ¿ves lo que ha quedado de su esplendor?

Él se ríe y dice que siguen siendo bonitos. Desde que murió es muy amable, el mentiroso.

Necesito un par de minutos para poner en movimiento la circulación sanguínea. Me quedo parada, agarrándome del extremo de la cama. Mi cabeza está un poco nebulosa. El gallo de Marja, Konstantin, cacarea como si lo estuvieran ahorcando. Tal vez alguien se me adelantó.

Tomo mi bata de la silla. Solía ser colorida, con flores rojas sobre un fondo negro. Ahora ya no se ven las flores. Pero está limpia, eso es importante para mí. Irina ha prometido mandarme una nueva. Me deslizo dentro de la bata y me ato el cinto. Sacudo la manta de plumas, la coloco sobre la cama y la aliso, le extiendo encima el cobertor bordado. Luego me dirijo hacia la puerta. Los primeros pasos después de despertarse son siempre lentos.

El cielo celeste pende sobre el pueblo como una sábana desteñida. Se ve un pedazo de sol. Es algo que no me entra en la cabeza eso de que el mismo sol brilla para todos: para la reina de Inglaterra, para el presidente negro en Estados Unidos, para Irina en Alemania, para el gallo Konstantin. Y para mí, Baba Dunja, que hasta hace treinta años entablillaba huesos rotos y ayudaba a parir bebés de otras personas y hoy decide convertirse en una asesina.

www.elboomeran.com

Konstantin es un ser tonto, su ruido es inútil. Además, hace tiempo que no como sopa de gallina.

El gallo está sentado sobre la cerca y me mira con disimulo. De reojo veo a Jegor, apoyado sobre el tronco de mi manzano. Tuerce la boca con gesto indudablemente burlón. La cerca está inclinada y tiembla con el viento. El pájaro tonto se balancea sobre ella como un equilibrista ebrio.

—Ven aquí, mi tesorito —digo—. Ven, que te dejo tieso.

Estiro la mano. Bate las alas y chilla. Su cresta es gris más que rosada y tiembla nerviosa. Trato de recordar cuántos años tiene. Marja no me lo va a perdonar, pienso. Mi mano extendida queda colgando en el aire.

Y luego, antes aun de haberlo tocado, el gallo cae a mis pies.

Marja ha dicho que le rompería el corazón. Así que tengo que hacerlo yo.

Está sentada a mi lado en el patio y se suena la nariz con un pañuelo a cuadros. Se ha dado vuelta para no tener que ver cómo le arranco las plumas pálidamente moteadas y las arrojo a una bolsa de plástico. Hay pelusas flotando en el aire.

—Él me amaba —dice ella—. Siempre me miraba de esa manera cuando yo salía al patio.

www.elboomeran.com

La bolsa está a medio llenar. Konstantin está tirado sobre mi falda ya casi indecorosamente desnudo. Su único ojo está medio abierto, mirando al cielo.

—Mira —dice ella—. Parece como si nos siguiera oyendo.

—Seguro que no hay nada que no haya oído ya de ti.

Esa es la verdad. Marja siempre habló con él. Eso me hace temer que a partir de ahora tendré menos tranquilidad. Salvo en mi caso, todas las personas necesitan a alguien con quien hablar, sobre todo Marja. Soy su vecina más cercana, solo la cerca divide nuestros terrenos. Una cerca que quizá en algún tiempo fue de verdad. Entretanto se ha vuelto más bien la idea de una cerca.

—Cuenta de una vez cómo es que ocurrió exactamente —la voz de Marja es la de una viuda.

—Ya te lo conté mil veces. Salí porque estaba gritando y de pronto se cayó de la cerca. Directamente delante de mis pies.

—Quizá alguien lo hechizó.

Digo que sí con la cabeza. Marja cree en esas cosas. Las lágrimas ruedan por su cara y desaparecen en las profundas arrugas. Y eso que tiene por lo menos diez años menos que yo. Muy culta no es, de profesión es ordeñadora, una mujer simple. Aquí no tiene ni siquiera una vaca, aunque al menos tiene una cabra, vive con ella en casa y mira con ella la televisión, cuando la televisión muestra alguna cosa. Así tiene compañía de un ser que respira. Es solo que la cabra no puede responder. Por eso respondo yo.

www.elboomeran.com

—Quién va a hechizar a tu tonto pájaro.

—Shhh. No se habla así de un muerto. Y, además, las personas son malas.

—Las personas son vagas —digo—. ¿Quieres cocinarlo?

Rechaza con la mano.

—Bien. Entonces lo hago yo.

Asiente y mira de costado la bolsa con las plumas.

—En realidad, yo quería enterrarlo.

—Lo deberías haber dicho antes. Ahora tendrías que agregarle las plumas, para que los suyos no se rían de él en el cielo.

Marja reflexiona.

—Ay, qué más da. Cocínalo y dame la mitad de la sopa.

Sabía que terminaría así. Rara vez comemos carne y Marja es una persona glotona.

Digo que sí con la cabeza y bajo el arrugado párpado sobre el ojo vidrioso del gallo.

Eso del cielo lo dije por decir. No es algo en lo que crea. Es decir, creo en un cielo, el que está sobre nuestras cabezas, pero sé que nuestros muertos no están allí. Ni siquiera de pequeña creía que uno pudiera acurrucarse en las nubes como en un edredón. Creía que se podían comer como algodón de azúcar.

Nuestros muertos están entre nosotros, a menudo ni saben que están muertos y que su cuerpo se pudre en la tierra.

www.elboomeran.com

Chernobo no es grande, pero tenemos nuestro propio cementerio, porque los de Malyschi no quieren ya nuestros cadáveres. En este momento se está discutiendo en la municipalidad si para enterrar a la gente de Chernobo en Malyschi se debe prescribir un cajón de plomo, porque la materia irradiada sigue irradiando cuando ya no está viva. Mientras tanto tenemos un cementerio provisional en el lugar en el que hace ciento cincuenta años había una iglesia y hasta hace treinta una escuela rural. Es un sitio humilde con cruces de madera y las pocas tumbas no están ni siquiera valladas.

Si fuera por mí, no quisiera que me entierren en Malyschi. Después del accidente con el reactor me fui, como casi todos. Fue en 1986 y al principio no sabíamos qué había pasado. Luego llegaron los liquidadores a Chernobo, con trajes de protección y aparatos chirriantes, y recorrieron la calle principal de un lado al otro. Estalló el pánico, las familias con niños pequeños fueron las que más rápido recogieron sus cosas, enrollaron colchones y metieron las joyas y las medias dentro de las teteras, ataron los muebles a los portaequipajes y se alejaron traqueteando. Era indispensable apurarse, porque la desgracia no había ocurrido el día anterior, aunque nadie nos había avisado a tiempo.

Yo era todavía demasiado joven, cincuenta y algo, pero ya no tenía niños en la casa. Por eso no me preocupé mucho. Irina estudiaba en Moscú y Alexej estaba justo de viaje por el macizo de Altái. Fui una de las últimas en irme de Chernobo. Ayudé a otros a meter sus ropas

www.elboomeran.com

en bolsas y a levantar las maderas del suelo, bajo las que habían escondido billetes. En realidad, no entendía por qué debía irme a ningún lado.

Jegor me metió en uno de los últimos coches que nos mandaron desde la capital, para luego estrujarse él mismo adentro. Jegor se había dejado contagiar por el pánico, como si sus huevos tuvieran que producir aún muchos niños y por eso debieran ponerse a salvo urgente. Porque lo cierto es que hacía tiempo que venía chupando hasta haberse vaciado y adormecido no solo su bajo vientre. La noticia del reactor le hizo recobrar momentáneamente la conciencia, se quejaba del fin del mundo y con eso me sacaba de quicio.

En casa no tengo ninguna olla grande, porque desde mi regreso vivo sola. Y tampoco es que haya visitas haciendo cola. Nunca cocino para guardar, sino cada día algo fresco, lo único que me caliento varias veces es el borsch, que con cada día que pasa se pone mejor.

Tomo del armario la olla más grande que encuentro. Le busco una tapa apropiada. He juntado muchas tapas con los años, ninguna calza justo, pero para mí sirven. Le corto al pollo la cabeza y las patas, que entran en la sopa, y luego el rabo, que le doy a la gata. Meto el pollo en la olla, agrego la cabeza y las patas, una zanahoria pelada del jardín y una cebolla con cáscara, para que el caldo adquiera un color dorado. Le echo agua de pozo con el balde, la suficiente como para que todo quede tapado. El caldo será nutritivo, grasoso y brillante.

www.elboomeran.com

Cuando pasó lo del reactor, yo estuve entre los que salimos bien parados. Mis hijos estaban a resguardo, mi marido igual no iba a durar mucho más y yo ya tenía la carne dura por aquel entonces. En el fondo, no tenía nada que perder. Y estaba dispuesta a morir. Mi trabajo me había enseñado a tener siempre presente esa posibilidad, para que no me tomara un día por sorpresa.

Hasta hoy me asombro cada día de seguir por aquí. Cada día por medio me pregunto si tal vez soy uno de los muertos que andan dando vueltas y no quieren enterarse de que su nombre figura en una lápida. Alguien debería decírselo, pero quién podría ser tan descarado. Me alegro de que ya nadie tenga nada para decirme. He visto todo y no le tengo miedo a nada. La muerte puede venir, pero por favor que sea con amabilidad.

El agua en la olla burbujea. Rebajo la llama, tomo un cucharón del gancho y empiezo a sacar la espuma gruesa y gris que se acumula contra los bordes. Si el agua siguiera hirviendo, quebraría la espuma en varios pedacitos y la repartiría por todo el caldo. En el cucharón, la espuma se ve turbia y poco apetitosa, como una nube gris desinflada. La vierto sobre el plato del gato. Los gatos son aún menos sensibles que nosotros. Esta es la hija de la gata que ya estaba en mi casa cuando regresé. En realidad, era la dueña de casa y yo, su huésped.

Los pocos pueblos vecinos están abandonados. Las casas están ahí, pero con las paredes torcidas y delgadas, y las ortigas crecidas hasta debajo del techo. Ni siquiera

www.elboomeran.com

hay ratas, porque las ratas necesitan basura, fresca y grasosa basura. Las ratas necesitan humanos.

Podría haber elegido cualquier casa en Chernobo cuando regresé. Tomé la que era mía de antes. Las puertas estaban abiertas, la garrafa de gas solo a medias vacía, el pozo de agua estaba a pocos minutos caminando y el jardín seguía siendo reconocible. Arranqué las ortigas y podé las zarzamoras, durante semanas no hice otra cosa. Lo sabía: necesito este jardín. No puedo hacer demasiado seguido las caminatas hasta la estación de bus y el largo viaje hasta Malyschi. Pero tres veces por día tengo que comer.

Desde entonces cultivo un tercio del jardín. Con eso alcanza. Si tuviera una familia grande, despejaría el jardín entero. Saco provecho de haberme ocupado tan bien de todo antes del reactor. El invernadero es una joya de la mano de Jegor y yo cosecho tomates y pepinos una semana antes que todos los demás del pueblo. Hay uvas espinosas verdes y coloradas y grosellas rojas, blancas y negras, también viejos arbustos que en otoño apuntalo con cuidado para que lleguen nuevos brotes. Tengo dos manzanos y un seto de frambuesas. Es una zona fértil la de aquí.

La sopa hierve a fuego bien lento. La dejo hervir dos o mejor tres horas, hasta que la vieja carne se ablande y se desprenda de los huesos. Es como con las personas: la carne vieja no se cae tan fácilmente.

El aroma de la sopa de gallina inquieta a la gata. Camina maullando entre mis pies y se refriega en mis pantorrillas contra las gruesas medias de lana. Me doy

www.elboomeran.com

cuenta de que envejezco porque tengo frío. Incluso en verano no salgo nunca de casa sin las medias de lana.

La gata está preñada, más tarde le voy a dar también la piel y los cartílagos del gallo. A veces caza escarabajos y arañas. Tenemos muchas arañas en Chernobo. Desde lo del reactor, los bichos se multiplicaron. Hace un año estuvo aquí un biólogo que fotografió las telas de araña de mi casa. Yo las dejo colgando, aunque Marja diga que soy una ama de casa descuidada.

Lo bueno de ser vieja es que uno ya no necesita pedirle permiso a nadie: ni para vivir en su antigua casa, ni tampoco para dejar colgadas las telarañas. También las arañas estaban aquí desde antes que yo. El biólogo las fotografió con una cámara que parecía un arma. Colocó reflectores e iluminó cada rincón de mi casa. Yo no tuve nada en contra, que trabajara tranquilo. Solo le pedí que pusiera más bajito su aparato, porque el pip que emitía me daba escalofríos.

El biólogo me explicó por qué tenemos tantos bichos. Y es porque desde lo del reactor hay muchos menos pájaros en nuestra zona. Por eso los escarabajos y las arañas se multiplican sin obstáculos. Pero por qué hay aquí tantos gatos es algo que tampoco él me pudo explicar. Es probable que los gatos tengan algo que los protege de las cosas malas.

Un segundo gato entra a hurtadillas por la puerta. La gata que vive conmigo enseguida arquea el lomo. Es una bestia y no deja que nadie pase el umbral.

—Vamos, sé buena —digo, pero ella no es buena.

www.elboomeran.com

Hace zshshs y pshsh, con los pelos de punta. Tiene solo media cola, alguien le cortó el resto. Siempre tuve gatos y gallinas, antes también perros, eso me gusta de la vida de pueblo. Es otra de las razones por las que he vuelto. Los animales aquí no están tan enfermos de la cabeza como los de la ciudad, aun cuando estén irradiados y tullidos. La estrechez y el ruido de la ciudad vuelven locos a los gatos y los perros.

Irina voló en aquel entonces especialmente desde Alemania para impedir mi regreso a Chernobo. Buscó por todos los medios, llegó incluso a llorar. Mi Irina, que nunca ha llorado, ni siquiera de niña. Y eso que yo no le prohibí el llanto, al contrario, a veces hubiera sido sano. Pero ella era como un chico, trepaba a los árboles y a las cercas, a veces también se caía, cobraba sus palizas y nunca lloró. Después estudió Medicina, ahora es cirujana del Ejército alemán. Esa es mi niña. Y terminó creyendo que justo tenía que llorar solo porque su madre quería volver a casa.

—Yo nunca te he dicho lo que tenías que hacer —le expliqué—. Y tampoco quiero que tú me digas lo que yo tengo que hacer.

—Pero madre, ¿quién en uso de sus facultades mentales va a querer volver a la zona de la muerte?

—Estás pronunciando palabras de las que no sabes nada, muchacha. Yo he echado un vistazo, las casas aún están en pie y en el jardín crece la maleza.

—Madre, tú sabes lo que es la radioactividad. Todo está irradiado.

www.elboomeran.com

—Soy vieja, a mí ya nada me puede irradiar y, si lo hace, tampoco es el fin del mundo.

Se secó los ojos con unos golpecitos en los que se podía apreciar perfectamente que era cirujana.

—Allí no voy a visitarte.

—Ya sé —digo—, pero igual no vienes muy a menudo.

—¿Es un reproche?

—No. Me parece bien. ¿Para qué quedarse metido en la casa de los viejos?

Me miró un poco torcido, como hacía muchos años, cuando aún era pequeña. No me creía. Pero yo le estaba diciendo lo que pensaba de verdad. Aquí ella no tenía nada que hacer y no por eso yo quería generarle mala conciencia.

—Nos podemos juntar cada par de años en Malyschi —dije—. O cuando sea que vengas. Mientras yo siga con vida.

Sabía que ella no tenía muchas vacaciones. Y cuando las tenía, no había por qué pasarlas aquí. Además, por aquel entonces los vuelos eran aún muy caros, mucho más caros que hoy.

Hubo una cosa sobre la que no hablamos. Cuando los asuntos son muy importantes, no se los menciona. Irina tiene una hija, y yo tengo una nieta, con un nombre muy bonito: Laura. Ninguna niña se llama Laura entre nosotros, solo mi nieta, que no he visto nunca. Cuando volví al pueblo, Laura acababa de cumplir un año. Cuando regresé a casa, sabía que nunca la vería.

Antes, todos los nietos de las ciudades visitaban a sus abuelos del campo durante las vacaciones de verano.

www.elboomeran.com

El receso escolar era largo, tres calurosos meses de verano, y los padres no tenían vacaciones tan largas en las ciudades. También en nuestro pueblo andaban desde junio hasta agosto chicos de la ciudad que en muy poco tiempo tenían las caras tostadas, el pelo desteñido y una costra de tierra en los pies. Iban juntos al bosque a cosechar bayas y se bañaban en el río. Ruidosos como una bandada de pájaros, corrían por la calle principal, robaban manzanas y se peleaban en el barro.

Cuando se ponían demasiado salvajes, los mandaban al campo a juntar escarabajos de la patata, que ponían en peligro nuestra cosecha. Los sacaban de las plantas a baldes enteros, para más tarde quemarlos. Aún tengo en el oído el ruido de los innumerables caparazones crepitando en el fuego. Ahora nos faltan los pequeños cacos: el mundo no ha visto aún una plaga de escarabajos de la patata como después del reactor.

Todos en Chernobo sabían que yo era auxiliar de enfermería. Me llamaban cuando los niños se rompían algo o el dolor de barriga no cesaba. Una vez, un chico había comido demasiadas ciruelas verdes. Las fibras habían provocado un tapón en su intestino. Estaba pálido y se acurrucaba en el suelo. Yo dije: enseguida al hospital y al niño lo salvaron con una operación. Lo mismo a uno con apendicitis y a uno con alergia por una picadura de abeja.

Les tenía cariño a esos chicos, sus pies inquietos, los brazos rasguñados, las voces agudas. Si algo extraño hoy, son ellos. El que ahora vive en Chernobo no tiene nietos. Y, si tiene, entonces los ve a lo sumo en fotos. Mis paredes

www.elboomeran.com

están llenas de fotos de Laura. Irina me manda nuevas con casi cada carta.

Probablemente también Laura se hubiera convertido muy rápido en una despreocupada niña de vacaciones. Si todo fuera como antes. Pero me cuesta imaginármelo. En las fotos de cuando era bebé tenía una carita seria y yo me preguntaba qué pensamientos vivían en esa cabeza, arrojando sus sombras sobre los ojos de Laura. Nunca llevó horquillas ni grandes cintas en el pelo. Ya de niña no sonreía.

En las fotos más nuevas tiene piernas largas y pelo casi blanco. Sigue mirando con seriedad. Nunca me ha escrito. Su padre es un alemán. Irina me prometió una foto de boda, una de las pocas promesas que no ha cumplido. Ahora siempre me manda saludos de parte de su marido. Guardo todas sus cartas desde Alemania en una caja dentro del armario.

Nunca le pregunto a Irina si Laura está sana. Tampoco consulto por la salud de la propia Irina. Si hay algo que temo es la respuesta a esa pregunta. Por eso me limito a rezar por ella, aunque no creo que nadie oiga mis rezos.

Irina siempre me pregunta por mi salud. Cuando nos vemos —cada dos años— lo primero que quiere que le diga son mis valores sanguíneos. Como si yo los supiera. Me pregunta por mi tensión y si me examino regularmente los pechos.

—Muchacha —le digo yo—, mírame, ¿no ves lo vieja que soy? Y todo esto sin vitaminas ni operaciones ni chequeos preventivos. Si ahora se llega a instalar algo

www.elboomeran.com

malo en mí, lo dejaré tranquilo. Nadie más me va a tocar ni a pincharme con agujas, al menos eso me he ganado.

Irina sacude la cabeza. Aunque sabe que tengo razón, no puede salir de su pensamiento de cirujana. A su edad yo pensaba parecido. Tal como era yo a su edad, hoy habría iniciado la pelea más grande conmigo misma.

Cuando observo nuestro pueblo, no tengo la sensación de que aquí solo deambulen cadáveres vivientes. Algunos no van a durar mucho más, está claro, pero de eso no solo tiene la culpa el reactor. Somos pocos, se necesitan apenas dos manos para contarnos a todos. Hace cinco o siete años éramos más, cuando de pronto una docena de personas siguió mi ejemplo y volvió a Chernobo. Entretanto hemos enterrado a algunos de ellos. Otros son como las arañas, indestructibles, solo que sus redes están un poco más revueltas.

Marja, por ejemplo, ya está un poco loca con su cabra y su gallo, que tan bellamente hierve allí en mi olla. A diferencia de mí, Marja conoce muy bien su tensión sanguínea, porque se la mide tres veces al día. Si la tiene muy alta, se mete una pastilla. Si la tiene muy baja, toma otra pastilla. De este modo siempre tiene algo que hacer. Pero igual se aburre.

Tiene un botiquín con el que se podría asesinar al pueblo entero. Lo llena regularmente en Malyschi. Toma antibióticos contra el resfriado y la diarrea. Yo le digo

www.elboomeran.com

que deje eso, porque hace peor, pero no me escucha. Dice que soy demasiado sana y que por eso no entiendo nada de esas cosas. Y la verdad es que no sé cuándo tuve mi último resfriado.

El aroma del caldo se expande por mi pequeña casa y sale por la ventana. Saco al gallo de la olla y lo dejo enfriar sobre un plato. La gata chilla, la amenazo con el dedo. Pesco la verdura, ya le cedió su gusto al caldo y ahora no es más que una cosa mustia. La envuelvo en un periódico viejo y la llevo al compost. Sobre el montículo de mi compost crecen calabazas, en otoño las voy a cosechar y repartir en el pueblo, porque si no tendría que comer todo el invierno puré de maíz con calabaza.

Vierto el caldo en otra olla pasándolo por un colador. Me mira desde sus muchos ojos de grasa dorada. He leído en una revista que también hay que quitarle la grasa al caldo. Pero eso no lo entiendo. El que quiere vivir debe comer grasa. Azúcar también hay que comer a veces y, sobre todo, muchas cosas frescas. En verano me alimento casi todos los días de ensalada de pepinos o de tomate. Y atados enteros de hierbas, que crecen gruesas y verdes en mi jardín: eneldo, cebollino, perejil, albahaca, romero.

La carne ya no está tan caliente, puedo tocarla con los dedos. Con cuidado la desprendo de los huesos y la coloco en una fuente. Antes la cortaba en pedacitos para mis hijos, cuidando de repartirlos en porciones equitativas. Alexej, aunque solo dieciocho meses más joven que Irina, era un muchachito delgaducho y a veces me sentía tentada de ponerle los mejores pedazos en el plato.

www.elboomeran.com

Tomábamos mucha sopa de gallina, porque en Chernobo había muchas gallinas. Con el caldo hacía borsch shchi y solianka. Nunca nos aburríamos. Me imagino a Irina cortándole la carne a Laura en pedacitos, cuando era chica. Si Laura estuviera conmigo, le contaría cómo era su madre de pequeña. Pero Laura está muy lejos y me mira desde la pared con sus ojos grises y tristes.

El día pasa rápido cuando uno tiene actividades. Ordeno la casa. Lavo algunas bragas y las cuelgo de la cuerda en el jardín. El sol las seca y las blanquea, y dos horas más tarde puedo doblarlas y ponerlas en el armario.

Limpio con arena la olla que he ensuciado, la enjuago con agua de pozo y también la dejo secar al sol. Entremedio tengo que hacer una pausa, me siento con un periódico en el banco que está frente a la casa. Los periódicos me los dio Marja. Los encontró en su casa cuando entró a vivir en ella. Antes vivía allí una señora sola que leía mucho el periódico, además de las buenas revistas femeninas: la *Trabajadora* y la *Campesina*, cada número. Estaban atadas con cuerdas de colgar la ropa debajo de la cama y en el cobertizo de las herramientas. Marja me las dio todas. Las leo cuando tengo tiempo durante el día o antes de dormirme.

En la *Campesina* que ahora he abierto hay recetas con acedera, un patrón de vestido, una breve historia de amor que sucede en un koljós y un comentario sobre el tema de por qué las mujeres no deberían llevar pantalones en su tiempo libre. Es de febrero de 1986.